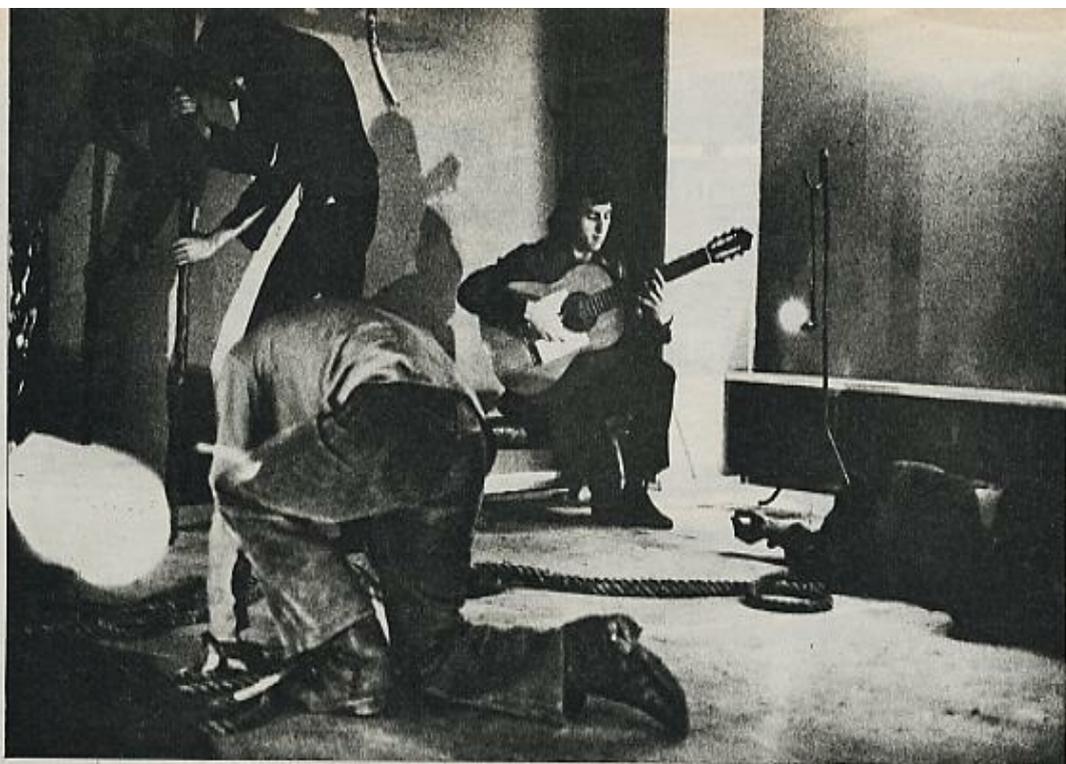


**L**AS batallas políticas españolas aparecen condicionadas por el analfabetismo. En una situación de indigencia legal de libertades fundamentales, es lógico que se empiece pidiendo el A, B, C, para tratar de completar el alfabeto. De ahí las campañas por la amnistía o de ahí las campañas en pro de la libertad de expresión, con lo que conlleva de abolición de la censura. Podría ser muy engañoso identificar la situación actual del proceso cultural o político español con el abecedario peticionario. Es tal el desfase entre lo legal y lo real, que estamos pidiendo amnistía en el contexto de un país donde los movimientos de masas controlados por la izquierda tienen nivel cuantitativo y cualitativo europeo; estamos exigiendo la abolición de la censura en el contexto de un país donde son muchas las entidades y personas que se han tomado la libertad cultural por su mano y la ejercen parapetados en las trincheras de los más variados ámbitos. Como en toda situación histórica de poder de excepción que se sucede a sí mismo, la dinámica histórica es incontenible y adopta conformaciones camaleónicas que le permiten a veces avanzar a una velocidad superior que en condiciones de poder democrático normal. Creo que asumir las exigencias culturales del estado español actual significa comprender que la reivindicación inicial de libertad de expresión sería un paso previo que abriría un rapidísimo proceso hacia una exigencia de plena participación cultural popular.

Son muchos los analistas pesimistas de "la cultura" española. Añoran las cortes intelectuales de Ortega o Unamuno, los retratos promocionales de la generación del 27, el violoncello de Cassals o la dictadura pictórica de Picasso. ¿Qué equivalentes puede ofrecer la España actual? Esos analistas pesimistas confían que un clima liberado será una atmósfera potenciadora del estallido de energías creativas dormidas y los creadores singulares brotarán del yermo cultural surgido bajo tan largo envilecimiento de la comunicación. Creo que se está a punto de cometer el error de ignorar la evidente potencialidad de la cultura crítica del país, potencialidad que no se mide fundamentalmente por la cantidad de Kafkas en ejercicio o de Tapias en oficio, sino por la extensión importante alcanzada por la cultura crítica a lo largo y ancho de todo el estado español.

Es más. Bajo la larga noche de las prohibiciones se ha gestado una nueva disposición, un nuevo



Sin duda va a extremarse el desarrollo de culturas identificadoras de clase o de nacionalidades. (En la foto, "Quejo").

## CULTURA O PARTICIPACION

talante ante el hecho cultural, dotándole de una funcionalidad histórica y selectiva. En estos momentos la salud cultural del país se mide ante todo por la total, radical derrota de la mentira cultural en todos los niveles: desde la primera enseñanza hasta la Universidad, desde la literatura científica a la literatura literaria. Pero se mide también por la desaparición del sacralismo cultural, de los monta-

revista comarcal, en la que la noticia y la opinión van directamente del productor al consumidor porque son la misma persona.

### Comunicación o incomunicación

Una cosa es la libertad de expresión o la libertad de comunicación, principios teóricos, y otra la libertad instrumental de expresarse o

agravarse en el contexto de una sociedad parafascista, en la que el dinero como empresario de comunicados sólo puede tener una intencionalidad ideológica identificada con el poder. En esa situación, el receptor de mensajes no tiene ni siquiera la opción de elegirlos: todos forman parte de esa monótona verdad unilateral de todas las mañanas que se transmite por todos los aparatos ideologizadores, perfectamente trabados: desde el Catón hasta la canción radiofónica, desde el serial a los libros de texto sobre Derecho Político, desde la obra de teatro autorizada hasta los poemas que recitan los rapsodas radiofónicos.

Si la organización de la comunicación (sea informativa o cultural) en el seno del capitalismo democrático conlleva la imposición de una señal o identidad propias al poseedor del medio de producción, imaginemos a qué niveles de autoextrañamiento se puede someter a masas enteras subyugadas bajo la organización cultural fascista o parafascista: desaparecen las clases conflictivas, las nacionalidades conflictivas, todo lo que en su singularidad denuncia los códigos expresivos del totalitarismo domi-

### M. Vázquez Montalbán

jes sacerdotales. Hay por doquier como una rebelión del receptor, dispuesto a convertirse en emisor de cultura. La multiplicación de centros emisores de cultura frente al centralismo impulsor de "modas" y corrientes es un fenómeno de importancia extrema, como lo es la aparición de publicaciones de ámbito comarcal, vecinal, que crean territorios informativos muy identificados con los problemas que transcriben. Bajo la aparente decadencia cultural del país hay una vibrante malla en movimiento que representa a Brecht por el cuadro local en el teatro parroquial de aquí o allá o que imprime una

comunicarse. El desarrollo capitalista de la comunicación humana aboca en una real incomunicación, porque la complejidad tecnológica fomenta un proceso selectivo que hace prohibitiva para la inmensa mayoría de la ciudadanía la posibilidad instrumental de comunicarse. Los medios de producción de comunicados están copados por el poder económico o el poder político, y al peatón de la historia no le cabe otra posición que la de paciente receptor de comunicados. Esta situación ya es un hecho en el contexto de cualquier sociedad capitalista democrática "normal"; imaginemos cómo pudo y puede

nante. En el fascismo, la división del trabajo se prolonga hacia lo grotesco legitimando el principio de que las élites son las que conducen y las masas las que se dejan conducir. El capitalismo democrático compra este derecho; el fascismo lo impone por la fuerza bruta.

Que el fascismo imponga una norma cultural no quiere decir que erradique para siempre las necesidades culturales espontáneas de la sociedad. La resistencia consiste precisamente en un proceso gradual de ascensión combativa que entre nosotros ha tenido, entre otros, ejemplo en la resistencia cultural catalana: desde la "salvación de las palabras" practicada en la inmediata posguerra, según consigna posteriormente poetizada por Espriu, hasta la irreversible ascensión actual de todas las formas literarias catalanas, hay un largo, duro, aunque poco espectacular combate en defensa de las señas de identidad de un pueblo. Y ese combate puede detectarse en el núcleo cultural de barrio obrero que ha sabido encontrar una programación a tono con las necesidades de identificación de una clase social, frente a la conspiración de facilidades que significaba entregarse al monopolio teatral de Marquina en los años cuarenta, Carlos Llopis en los cincuenta o Alfonso Paso en los sesenta. Precisamente la dificultad de crear grandes instrumentos de gestión cultural crítica ha propiciado la aparición de instrumentos menores, pero muy

esparcidos que son hoy embriones de una democracia cultural básica.

## La resistencia cultural

Si examinamos esa "resistencia cultural" creciente a lo largo y ancho del estado español veremos que se caracteriza por una triple búsqueda de señas de identidad:

1.º La nacional o regional frente al centralismo.

2.º La de clase frente al implícito decreto derogatorio de la existencia de clases sociales.

3.º La de la historia popular frente a la pornohistoria oficial.

Nunca había sido tan generalizado el clamor condenatorio del centralismo, hasta el punto de que ninguna región del estado español quiere hoy asumir el papel de madre del invento. La cultura crítica ha evolucionado en cada nación o región integradas dentro del estado español hacia una búsqueda de su lógica cultural íntima, ligada a su propio desarrollo histórico y a la situación concreta de que se partía. Catalanismo, galleguismo, andalucismo, asturianismo, zaragoñismo revientan el corsé de un falso españolismo que no ha servido para cumplir lo que debe hacer toda construcción cultural: satisfacer una necesidad real.

Puestos a borrar las señas de identidad de la clase obrera, se llegó a suprimir del vocabulario la palabra obrero y se recurrió durante lustros al eufemismo "productor", para no hablar de otros hallaz-



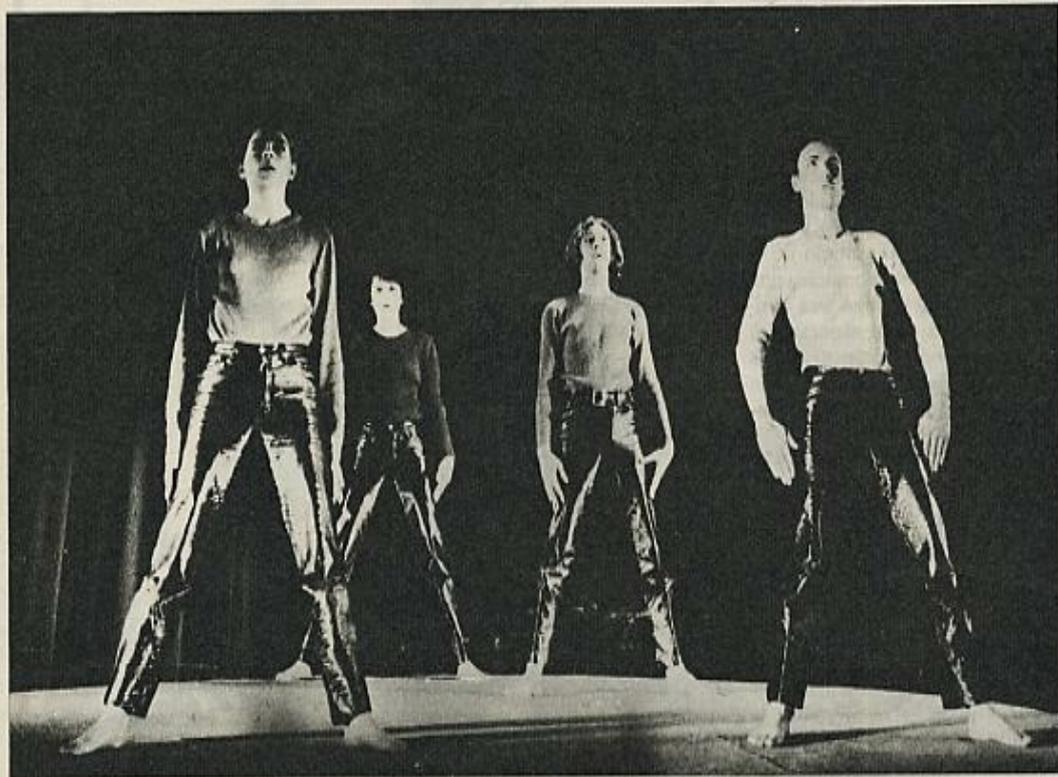
En estos momentos, la salud cultural del país se mide ante todo por la total, radical derrota de la mentira cultural en todos los niveles.

gos lingüísticos no menos inefables: **económicamente débiles**, por ejemplo. A través de medios uniformadores como radio o televisión, a través de una prensa sometida a una escala valorativa eminentemente burguesa, a través de la filosofía del Bien Común diluida en todos los catecismos sociales, se trató de atrofiar la conciencia de clase como forma superior de dominación de una clase sobre otra.

Finalmente, la pornohistoria ofi-

cial trató nada más y nada menos que de destruir la maquinaria de los relojes y la existencia misma del reloj, creando la ideología de una historia peculiar para un pueblo peculiar, un pueblo elegido tanto en sus maldades como en sus bondades, un pueblo dotado de "demonios familiares" peculiares e intransferibles y que por lo tanto necesitaba ángeles no menos familiares dispuestos a salvar la cuestión en el momento álgido. Como lavado de cerebro, la operación tuvo un cierto éxito, apoyada en la sabiduría convencional de nuestra individualidad, ingobernabilidad etc. etc. Se trataba así de impedir una asunción lógica de un proceso histórico perfectamente asumible por la ciencia histórica de uso normal en el bachillerato de cualquier país civilizado. Recuperar un conocimiento "verosímil" de la propia historia no ha sido tarea manca y, más aún, sigue siendo una tarea fundamental y acuciante.

Así como en la búsqueda cultural de las señas de identidad nacionales, de clase o histórico-colectivos, hay esfuerzos singulares y plurales notables, no hay ni un esfuerzo a destacar en sentido contrario a partir de la quema en selvas de la cultura autárquico-nacionalista de los años cuarenta. La cultura oficial ha permanecido a la defensiva desde comienzos de los años cincuenta, prolongando su propia impotencia para sustituirse y cediendo terreno al enemigo en todos los niveles: en las Universidades, en los institutos, en la sabiduría convencional, en los mercados culturales. Ni siquiera como valor de cambio servía. Progresivamente, hasta el empresariado cul-



La resistencia consiste precisamente en un proceso gradual de ascensión combativa que entre nosotros ha tenido, entre otros, el ejemplo en la resistencia cultural catalana. (Espectáculo de "Els Joglars".)

## CULTURA O PARTICIPACION

tural iba precisando de profesionales creadores de comunicados culturales verosímiles que entra en la relación de oferta y demanda del mercado. El hecho más significativo lo es la elaboración de todas las enciclopedias en tomos que circulan en el país. Los empresarios tuvieron que recurrir para su redacción a toda la progresía posgraduada, la única que estaba en condición de hacer un diccionario enciclopédico verosímil y basado en hechos comprobables y lógicas verificables. La presión social, de abajo a arriba, ha condicionado la política de los empresarios de la comunicación, desde los de prensa a los de radio, desde los editores hasta los "managers" de la industria discográfica.

En la más total impotencia creadora, la cultura oficial no podía asumir otro papel que el represivo. Remendando descosidos, cerrando ventanas, obturando válvulas de escape, parapetada en un aparato represivo contundente, ha ido aguantando, sobreviviendo a su propia muerte e incluso a las peticiones de su clientela natural, últimamente a disgusto por la larga supervivencia de la hoy tan molesta como ayer imprescindible compañía. Los "best-sellers" históricos no son los del señor Ciriaco Pérez Bustamante, sino los de Tuñón de Lara. Los centros teatrales "progres" no representan a Pasó, sino a Brecht, O'Casey o Alfonso Sastre. Cuando un promotor radiofónico requiere la presencia de asesores en las más variadas materias, prescinde de los residuos de profesionales carcundas y busca profesionales al día, dinámicos, progresivos.

### De la situación a la programación

Podría deducirse que asistimos a un ajuste de cuentas cultural, en el que los hombres, las cosas y los saberes sobre las cosas y los hombres vuelven a una normalidad histórica homologable. Pero creo que no sólo se trata de eso. La organización de una cultura libre en la España democrática no va a poder hacerse desde unos presupuestos simplemente "liberales", sino que va a tener que contar con un presupuesto planeador más complicado. El principio liberal sólo acuña el poder del que controla del medio de producción cultural. El hecho de que en España haya sido el público y el profesional los grandes protagonistas de la resistencia cultural, les concede unos derechos de par-

tida que no serán fácilmente esca-moteados.

Es decir, el acceso a una dinámica cultural libre va a conllevar no sólo la corrección del estatuto que relaciona el poder político con el poder de "comunicar", sino también el estatuto del profesional y del público con los propietarios de los medios de producción cultural.

En segundo lugar vamos a asistir quizá no a un espectacular brote de flores singulares de la cultura, pero sí a una impresionante proliferación de centros espontáneos emisores de comunicación: cuadros teatrales, cineclubs, periódicos zonales, emisiones de radio de audiencias muy delimitadas, fomento de géneros comunicacionales directos (morales), ediciones espontáneas.

En tercer lugar va a extremarse el desarrollo de culturas identificadoras de clase o de nacionalidades. Y entiendo por una cultura identificadora de clase, no sólo la que puede fomentar los partidos representativos de la clase obrera, sino la que la propia clase obrera genere en función de sus necesidades y a través de géneros e instrumentos silenciosamente puestos a prueba durante la larga noche.

Esta situación ya está embrionariamente conformada y cualquier programador político-cultural con visión de futuro deberá partir de ella. Se van a equivocar los que quieran luchar culturalmente a partir de planteamientos englobadores, generalizadores. La lucha cultural va a consistir básicamente en la conquista de la participación de las masas, y no quisiera que esta frase quedara como un enunciado de catecismo más o menos propagandístico. Los lectores van a ser más dependientes de su periódico de barrio que de un gran diario de difusión nacional. Los espectadores van a preferir interpretar la pieza teatral que hacer cola para ver el Gran Teatro Nacional, y ése y no otro es el sentido último de la comunicación, de la comunicación vitalizadora que elimine esa tendencia a la pasividad espectadora que acaba siendo el cáncer de las sociedades más avanzadas, incluso el lacerante cáncer de las sociedades socialistas.

El cruce del Rubicón de la pasividad en la órbita de la comunicación informativa o cultural conlleva una voluntad de protagonismo histórico que hará irreversible el proceso democrático ¿El papel del profesional cultural? Ante todo perder los andares de Prometeo, ladrón del fuego de los dioses, para dárselo a los hombres. Facilitar la inversión de la relación. Enseñar quizá a los hombres cómo se roba el fuego de los dioses y lentamente fundirse en una única condición humana. ■

